

P.

puntos de referencia

CENTRO
DE ESTUDIOS
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL
N° 653, ABRIL 2023

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Homenaje a Roberto Torretti

CARLOS PEÑA Y PABLO RUIZ-TAGLE



RESUMEN

- El día 1 de diciembre de 2022, el Centro de Estudios Públicos rindió un homenaje póstumo a Roberto Torretti. El evento, concebido como un tributo a su legado intelectual y a su aporte a la comunidad académica, contó con las intervenciones de Carlos Peña y Pablo Ruiz-Tagle. Además, el músico Diego Prieto ofreció un recital de piano, interpretando obras de Johann Sebastian Bach y Dmitri Shostakóvich.
- El presente documento reproduce las intervenciones que tuvieron lugar en este acto.

CARLOS PEÑA GONZÁLEZ es doctor en Filosofía (U. de Chile), abogado (PUC), rector de la Universidad Diego Portales. Entre sus libros destacan: *La mentira noble. Sobre el lugar del mérito en la vida humana* (2020), *Pensar el malestar. La crisis de octubre y la cuestión constitucional* (2020), *El tiempo de la memoria* (2019).

PABLO RUIZ-TAGLE VIAL es doctor en Derecho (Yale University), abogado (U. de Chile). Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Entre sus últimos libros destacan: *Five Republics and One Tradition* (2021), *La Concepción Republicana de la Propiedad* (2015, con José Luis Martí), *El constitucionalismo del miedo. Propiedad, bien común y el poder constituyente* (2014, con Renato Cristi).

Carlos Peña

Hay ocasiones en que un breve incidente es capaz de desmentir las ideas recibidas que suelen tenerse respecto de las personas que han hecho de la filosofía y el trabajo intelectual su vocación más profunda. Es lo que ocurre con un incidente que Roberto Torretti relató a Eduardo Carrasco en la conversación que fue recogida en el libro que este último editó y que lleva por título *En el cielo sólo las estrellas: conversaciones con Roberto Torretti*:

“La época que estuve más angustiado en mi vida” —le dijo Torretti a Carrasco— “al extremo que despertaba agitado en medio de la noche, fue un mes que viví en Puerto Rico sin saber si nos iban a dar una visa americana”. (Carrasco 2006)

A quienes piensan que la filosofía se alimenta de tribulaciones y de preguntas trascendentes acerca de la existencia e imaginan a los filósofos cargando sobre sus hombros todos los enigmas de la condición humana, una respuesta como esa es probable que les propine una cierta desilusión ¿Acaso la filosofía no nos entrevera inevitablemente con profundidades angustiosas? ¿Después de todo había filósofos felices, entonces, personas reflexivas cuya fuente de angustia no tiene nada que ver con su oficio, sino que es la misma que podemos tener usted o yo?

Quienes conocieron de cerca a Roberto Torretti saben que había filósofos felices, porque él fue cualquier cosa menos un intelectual angustiado.

Quienes conocieron de cerca a Roberto Torretti, saben que sí, saben que había, después de todo, filósofos felices, porque Roberto Torretti fue cualquier cosa menos un intelectual angustiado de esos que andan por la vida pretendiendo que llevan sobre sus hombros las preguntas de la humanidad entera.

En cambio, fue una de las personas más cultas e inteligentes que uno pudiera haber conocido, alguien que hizo aportes fundamentales a la filosofía, alguien capaz de ocuparse, con pareja intensidad, tanto de las humanidades como de aquellos otros quehaceres que desde el siglo XIX en adelante se suelen llamar ciencias naturales.

Y me parece que en esa relación entre las ciencias y las humanidades se encuentra el punto de vista que lo transformó en un autor imprescindible para asomarnos a lo que pudiéramos llamar el misterio del conocimiento humano.

Una de las características más obvias del conocimiento humano es, como todos saben, que opera a través de conceptos. Gracias a los conceptos, la experiencia, de otra manera desordenada y múltiple hasta

casi la infinitud, se hace manejable y transmisible. Esta condición del conocimiento humano consistente en captar la rica variedad de lo real mediante un conjunto de conceptos menos variados y más simples ha planteado un severo problema a la reflexión de la filosofía: ¿cómo explicar que un repertorio de conceptos infinitamente más simples que la realidad a la que se refieren nos permita, sin embargo, conocerla? Este problema, como ustedes recuerdan, ha recibido varias respuestas. Una de ellas consiste en sostener que los conceptos que empleamos atrapan la esencia de las cosas a las que se refieren y otra consiste en sostener que nuestros conceptos no son más que generalizaciones inductivas formuladas a partir de la experiencia. En medio de ese repertorio de respuestas se encuentra Kant, para quien el entendimiento permite ordenar el flujo en principio caótico de la experiencia, revelándolo como un conjunto de fenómenos discernibles.

Lo que cabe preguntarse, sin embargo —y este es uno de los problemas de los que se ocupó el profesor Torretti cuya memoria hoy homenajeamos— es si acaso nuestro sistema de conceptos está entregado a los vaivenes de la historia o si, en cambio, permanece incólume, como si lo poseyéramos de una vez y para siempre. El profesor Torretti se inclina, por supuesto, por la primera alternativa: nuestro conocimiento discursivo, el que poseemos gracias a los conceptos y al lenguaje, sería histórico. Esta es la única forma, piensa, en que es posible hacerse cargo *de los grandes cambios de marcha del pensamiento*, de las incesantes y acumulativas revisiones, refinamientos, generalizaciones y desplazamientos a que han estado sometidos nuestros principales conceptos.

Nuestro conocimiento discursivo, el que poseemos gracias a los conceptos y al lenguaje, sería histórico.

El punto de vista del profesor Torretti no solo resulta opuesto, como es obvio, al realismo científico (la idea que el mundo es independiente de la mente y no se corresponde con nuestra experiencia cotidiana); sino también al relativismo extremo (por ejemplo, de Kuhn) que ve en las teorías científicas discursos inconmensurables entre sí. En vez de eso, el profesor Torretti describió el conocimiento humano, echando mano a una figura de Wittgenstein, como una ciudad vieja con calles nuevas, todas las cuales acaban, a pesar de las apariencias, comunicándose entre sí. “Las torres de acero y cristal de la teoría”, ha dicho en otra ocasión, “siempre pueden comunicarse entre sí a través de las arenas movedizas de la conversación humana sobre la cual reposan”. Sobra subrayar cuán importante es este punto de vista para la filosofía general y para las humanidades, especialmente en tiempos en los que muchos se apresuran, a veces con los más extravagantes pretextos, a derivar de la crítica a la metafísica o al realismo científico un simple irracionalismo.

Pero si lo anterior es así, si nuestros conceptos varían solicitados por los diversos desafíos que imponen las situaciones de la vida —si, en otras palabras, no nos encontramos con ellos, sino que los inventa-

mos— de ahí se sigue que no es la filosofía trascendental la que nos permite inteligir y comprender el conocimiento discursivo, sino la historia filosófica de las ciencias que es el oficio que, con excepcional brillo, practicó el profesor Torretti. Al hacerlo, el profesor Torretti se ha ocupado, en verdad, de enlazar la ciencia con las humanidades: él estuvo siempre afanado en pensar los viejos problemas de la filosofía y las humanidades en diálogo con el quehacer intelectual y los problemas y avatares de la ciencia, especialmente la ciencia por antonomasia que es, como todos saben, la física. Él supo mejor que cualquier otro que la separación entre las humanidades y la ciencia —entre ciencias ideográficas y nomológicas, como alguna vez se dijo, presentándolos como quehaceres inconmensurables entre sí— descansa en un malentendido, en creer que la imaginación nada tiene que ver con el conocimiento, cuando en verdad, como expuso en uno de sus más brillantes libros, inventamos para entender.

En suma, Roberto Torretti pensó que la filosofía confiere cierta paz y cierta serenidad; aunque ello no proviene del hecho de que la filosofía nos haya proporcionado una respuesta a nuestras tribulaciones más profundas, sino que deriva del hecho de que al asomarnos a la arena movediza de la conversación humana caemos en la cuenta de que para las preguntas más hondas quizá no existe ninguna y que hay ciertas cosas que simplemente no podemos saber.

“Tal vez por eso” —confesó alguna vez Roberto Torretti— “me interesa poco de dónde las cosas vienen y solo a corto y mediano plazo me preocupa adónde van. Vivimos ahora. Lo que resta” —dijo, citando la frase famosa— “es silencio”.

“Tal vez por eso” —confesó alguna vez Roberto Torretti—
“me interesa poco de dónde las cosas vienen y solo a corto
y mediano plazo me preocupa adónde van. Vivimos ahora.
Lo que resta” —dijo, citando la frase famosa— “es silencio”.

Pablo Ruiz-Tagle

Son dos fuerzas las que explican la vida del gran Roberto Torretti. La primera, su pasión por las ideas. La segunda, su amor por Carla Cordua.

Hoy expongo un testimonio parcial y amistoso sobre estas cuestiones.

En la biografía de Roberto Torretti consta que muy temprano, desde sus tiempos de estudiante en el colegio, sintió una atracción especial por la independencia de juicio. Eso lo llevó a tener dudas sobre la formación religiosa que recibió de su familia hasta abandonarla totalmente a partir de los 14 años. Quizás fue la intromisión indebida de las autoridades de la jerarquía católica en las cuestiones del amor lo que distanció al profesor Torretti de la religión. Además, algunas lecturas tempranas de Julian Huxley proporcionaron las razones para sellar su distanciamiento. Su espíritu libre pensador se expresa en su artículo “Unamuno, pensador cristiano”, publicado en 1964 en el libro monográfico dedicado al escritor español, por el Departamento de extensión universitaria de la Universidad de Chile, que dice:

Unamuno habría llegado a pensar que la verdadera religiosidad, y en todo caso el cristianismo, o como él prefiere decir la cristiandad verdadera, es necesariamente ajena a toda autoridad social, que dice preceptos desde fuera del individuo. (...) El cristianismo es algo individual e inconmensurable. La sociedad mata la cristiandad que es cosa de solitarios. (...) El cristianismo es una paradoja. (...) Una religión individual. (...) Una *religio quae no religat*, porque los hombres vivimos juntos, pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad. El cristianismo es el individualismo radical. (Torretti 1964, 110)

La crítica de Roberto Torretti a doctrinas y supersticiones religiosas, siempre respetó a las personas que habían optado por vivir de acuerdo con estas concepciones. Pero en su trabajo intelectual nunca dejó de decir las cosas por su nombre. Esto se aprecia en su artículo titulado “Nicolás Gómez Dávila, pensador reaccionario” publicado en *Estudios Públicos* en el año 2013. Allí somete a revisión las ideas del pensador colombiano a la luz de los progresos del mundo actual que se han fundado en la razón. Siguiendo el estilo de Gómez Dávila, el profesor Torretti, en una especie de aforismo, al final de su trabajo dice: “Y el sostenido repudio al mundo actual [de las ideas de Gómez Dávila] que las empapa habrá quizás preservado la honra de quien las pensó, pero les cierra las puertas del mundo”. (Torretti 2013, 177)

El cristianismo es algo individual e inconmensurable. La sociedad mata la cristiandad que es cosa de solitarios.

Si consideramos los primeros años de universidad del profesor Torretti, podemos decir que ocupó su atención la relación entre la conducta humana y las concepciones del mundo. El derecho, la política y sobre todo la filosofía le interesaban, lo que no es casualidad si resulta que había estudiado, y con gran distinción, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Ya en el año 1954, luego de su egreso y como evidencia de sus intereses filosóficos, escribió una memoria de prueba titulada *Idealismo y política en la filosofía de Fichte* (Torretti 1954). Este quizás es su primer trabajo y parece ser un adelanto de lo que llegará a ser su tesis de doctorado en Friburgo, que está dedicada al pensamiento del mismo autor alemán.

Al concluir sus estudios jurídicos migró a otras unidades académicas de la Universidad de Chile, tales como el Instituto Pedagógico y la Facultad de Filosofía y Humanidades. Desde ahí comenzó un peregrinar que lo llevó al Departamento de Estudios Humanísticos en la Facultad de Ingeniería, y luego fuera de Chile. Viajó para dar clases en la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras y en la Universidad de Barcelona, visitó muchas casas de estudios y recibió premios y distinciones de las mejores instituciones académicas del mundo, tales como las fundaciones Guggenheim y Humboldt. En Chile, recibió el Premio Nacional de Humanidades en conjunto con Carla Cordua y, más recientemente, ambos se vincularon a la Universidad Diego Portales, donde dictaron conferencias y publicaron sus trabajos más tardíos.

Recibió premios y distinciones de las mejores instituciones académicas del mundo, tales como las fundaciones Guggenheim y Humboldt.

Aunque debo confesar que leí hace tiempo algunos de sus trabajos más famosos que se refieren a la filosofía del conocimiento y de las ciencias, la verdad es que hoy, ante Carla Cordua y la audiencia especializada que está aquí presente en este homenaje y que podría escucharme, no me siento capaz de comentar estas obras. Son muchos sus estudios y se refieren a la obra de Kant, de Cantor, del empirismo inglés, del pragmatismo, de las pruebas de la existencia de Dios y el darwinismo, entre otras cuestiones relevantes. Creo que estos trabajos del profesor Torretti merecen ser estudiados con más atención y calma, porque nos entregan ideas muy valiosas.

Pero con espíritu intrépido y la paciencia de los que me escuchan, me atreveré a comentar algunos de sus escritos que se refieren a cuestiones políticas y jurídicas y materias conexas. Entre esos escritos del profesor Torretti destaca uno que está fechado en su origen en 1958 y que fue una charla para estudiantes leída al visitar la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Este texto puede ser considerado un adelanto de su pensamiento posterior y se titula “Poder político y opresión”. Me recuerda al discurso de Max Weber dado en 1919 a los estudiantes, que llegó a ser conocido como “La política

como vocación”. El trabajo del profesor Torretti sobre la opresión y la política tiene inicialmente un tono optimista y luego se envuelve en un escepticismo que es expresión fiel y muy versada de su pensamiento. Nos dice:

Felizmente, las grandes transformaciones que la vida económica y especialmente la tecnología han experimentado en los últimos años nos permiten confiar en que pronto llegará la hora en que la civilización pueda mantenerse sin recurrir a la explotación del hombre por el hombre. El gran movimiento político que, a partir de la independencia de EE.UU. y la Revolución Francesa, se ha ido extendiendo hasta la supresión de las oligarquías y su reemplazo por un gobierno democrático, esto es un gobierno en el cual el control del poder político esté efectivamente en manos de la comunidad...

Y agrega:

Pero una breve reflexión nos lleva a ver que siempre cabe que la mayoría democrática abuse de su poder contra tal o cual grupo minoritario o que la masa democrática oprima a individualidades aisladas, sobre todo si se destacan por una u otra razón. (Torretti 1962, 47)¹

El texto recién citado de 1962 termina con referencias directas al *Federalista* n° 51 escrito por James Madison. Esas referencias argumentan en favor de la necesidad de evitar la opresión gubernamental instaurando sistemas ciudadanos de control del poder que coexistan con órganos del propio gobierno y que se controlen unos a otros, en la forma de frenos y contrapesos.

[El trabajo del profesor Torretti sobre la opresión y la política tiene inicialmente un tono optimista y luego se envuelve en un escepticismo que es expresión fiel y muy versada de su pensamiento.](#)

¿En diversas ocasiones que compartí con Roberto Torretti tuve el privilegio de advertir su enorme pasión por comprender el mundo actual. Recuerdo un inolvidable encuentro en que conversamos sobre la evolución del constitucionalismo chileno. En un momento se levantó entusiasta y luego de caminar a una habitación donde tenía algunos de sus muchos libros, regresó con un texto en la mano. Era nada menos que el ejemplar de la Constitución de 1833 que había utilizado el famoso profesor Jorge Huneeus para sus estudios universitarios. Lo abrió y leyó el artículo 5 que dispone: “La religión de

¹ Una nota al pie explica que corresponde a una conferencia dada a estudiantes en 1958 en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

la República de Chile es la Católica, Apostólica, Romana; con exclusión del ejercicio público de cualquier otra.” Y ahí mismo, al margen de esa disposición constitucional, me indicó cómo estaba escrita con letra enteramente legible y en tinta azul una sola palabra: “absurdo”. Esta palabra la había escrito el gran profesor Jorge Huneeus, autor de su famosa obra de 1879 *La Constitución ante el Congreso o sea comentario positivo de la Constitución chilena*, que aún se cita. Había marcado en forma de glosa, esta, su opinión.

Otro momento estelar que tuve con Roberto Torretti se produjo cuando le consulté por la opinión de su admirado Immanuel Kant sobre la Revolución norteamericana. Fue una cuestión de entusiasmo y acción inmediata, porque reaccionó como un resorte para transmitirme su respuesta. Esta quedó consignada en mi libro *La República en Chile* escrito en coautoría con Renato Cristi:

Roberto Torretti, quien me ha ayudado con gran generosidad a responder estas cuestiones me ha hecho saber que Kant defendió la causa de la independencia americana y el término de su status colonial. Ya en 1776 se enfrentó en un altercado en un lugar público con Joseph Green un ciudadano inglés vecindado en Königsberg, a propósito de los disturbios de Boston ocasionados por la Stamp Act... la búsqueda del profesor Roberto Torretti incluyó America, Amerika, Vereignigten Staaten, Hamilton y Madison. (Cristi y Ruiz-Tagle 2006, notas 209 y 210)

A partir de esta referencia cambió mi visión de Kant y de su vida en la ciudad de Königsberg, que había imaginado como un lugar aburrido, tan estable como un reloj, donde nunca pasaba nada. Resulta que el lugar público donde Kant había tenido el altercado era una cervecería y la discrepancia no había sido solo verbal. Kant era tan apasionado como Roberto Torretti cuando se trataba de defender sus ideas.

Las pasiones del profesor Torretti eran múltiples. Me consta de mis visitas a su casa, el amor que tenía por su colección musical.

Las pasiones del profesor Torretti eran múltiples. Me consta de mis visitas a su casa, el amor que tenía por su colección musical, que gozaba en su equipo de alta fidelidad, y cómo en recurrente melomanía escuchaba sus obras clásicas favoritas. Su concepción de la música era muy profunda, como nos hace saber en su breve pero incisivo comentario a la conferencia de su colega filósofo Jesús Mosterín, que también fue publicado por la revista *Estudios Públicos* en el año 2013 y en el que afirma:

...la evolución de la llamada música “docta” en Europa, desde el canto gregoriano a la polifonía y el madrigal renacentistas, y luego a la música moderna coral, sinfónica y de cámara, ejecutada por personas que

entregan sus vidas a instrumentos difíciles como el piano o el violín, la evolución de esta forma de música, digo, brinda un ejemplo notable de inclinación natural “desrielada” o “salida de madre”; y casi podría decirse otro tanto de la pasión de los aficionados, que permanecen horas sentados en sillas incómodas, en medio de una multitud sudorosa, para escuchar y saborear cada nota de las suites para cello de Britten, o dilapidan sus ahorros en artefactos cada vez más refinados y costosos para reproducir el sonido de la música. (Torretti 2013b, 140-141)

Esta es la voz del gran Roberto Torretti que suma, en su breve comentario a la conferencia del profesor Mosterín, una crítica a la idea del determinismo filosófico que niega la libertad humana. Particularmente, critica la variante darwinista que atribuye al mundo físico material la evolución causal de todas las formas de cultura humana, incluida por cierto la música, la moral, la literatura y el derecho. Y en esta secuencia de argumentos refiere una conclusión que me parece maravillosa sobre la normatividad humana y dice:

...nadie ha propuesto un concepto claro o siquiera un barrunto oscuro de cuál podría ser el vínculo causal entre una mutación genética —consistente en la permutación o reemplazo de una cuantas nucleobases en una molécula de ADN— y la aparición de la normatividad sobre la Tierra. (Torretti 2013b, 141)

Cada vez que pude estar con el profesor Torretti recibí de su parte muchas muestras de dedicación y cariño. Casi sin que lo notara me enseñaba y transmitía ideas muy pertinentes a mis intereses y trabajos, que todavía no termino de aquilatar.

[Esta es la voz del gran Roberto Torretti que suma, en su breve comentario a la conferencia del profesor Mosterín, una crítica a la idea del determinismo filosófico que niega la libertad humana.](#)

Nuestras conversaciones finales estuvieron dedicadas a su libro sobre la democracia en el que estudió la historia de esta palabra. En esta obra magistral publicada en el año 2019 por Ediciones Diego Portales (Torretti 2019), Roberto Torretti hizo una descripción y una comparación profunda entre la democracia en Atenas y la nueva forma de la democracia constitucional representativa inventada en los Estados Unidos de Norteamérica a partir de la Constitución Federal de 1787. Esta obra del profesor Torretti es excelente porque, en el caso de Grecia, combina la consulta y traducción directa de las fuentes clásicas y, en el caso de Norteamérica, utiliza la bibliografía más autorizada sobre la materia. La verdad me sorprendió el ver citados los mismos autores que habían sido objeto de mis estudios constitucionales

en la Universidad de Yale, explicados con tanta pertinencia y naturalidad. Quizá en su estadía en Puerto Rico conoció los autores angloamericanos o quizá más tarde. En todo caso, el profesor Torretti demostró que no solo era un gran filósofo de la ciencia, sino que conocía lo mejor de la bibliografía relacionada con la experiencia constitucional democrática clásica y norteamericana.

Al leer el contenido del libro, se nos presenta la democracia ateniense como un gobierno eminentemente judicial donde los tribunales son formados por ciudadanos sorteados. En el caso de la democracia norteamericana se destacan, entre otras, las nuevas ideas de la representación, de la república extendida y de las facciones y las formas institucionales para controlarlas que concibe el gran James Madison en el *Federalista* n° 10, y también celebra la aparición de la revisión judicial de las leyes, sobre la que dice lo siguiente:

...la constitución fue ratificada y ha cumplido más bien que mal el designio de sus creadores: la nación que regula hasta hoy no solo ha logrado un poderío militar y financiero sin precedentes en la historia, sino que ha sido y sigue siendo el destino preferido de los migrantes en toda la Tierra.

Entre los factores institucionales que alimentan esa preferencia hay uno que he omitido comentar, porque la constitución de 1787 no lo contempla, pero que ha crecido a su amparo: la revisión judicial de las leyes emanadas de los estados y del gobierno central. No solo ha protegido con razonable eficacia los derechos individuales consagrados en la constitución y en sus diez primeras enmiendas, sino que, merced a la audacia de los jueces liberales que predominaron en la Corte Suprema de los E.E.U.U. desde mediados del siglo XX, ha conferido a la libertad de las personas protegida por la enmienda XIV una amplitud con que la superstición popular que perdura aún en el occidente cristiano impedía soñar. En los E.E.U.U., un tribunal formado por nueve jueces profesionales designados de por vida por el Presidente ha proscrito, por mayoría de votos, todas las leyes que vulneran el derecho de las mujeres a interrumpir voluntariamente el embarazo y el derecho de las parejas homosexuales a contraer matrimonio en las mismas condiciones que las parejas heterosexuales. (Torretti 2019, 43)

Roberto Torretti, en octubre del año 2019, nos entregó una reflexión profunda sobre la democracia en una verdadera obra maestra. A pesar de su aporte, en nuestra patria querida, en esos mismos días del año 2019, nos perdimos y todavía estamos buscando cómo recuperar nuestra convivencia.

[Al leer el contenido del libro, se nos presenta la democracia ateniense como un gobierno eminentemente judicial donde los tribunales son formados por ciudadanos sorteados.](#)

Toda su obra es trabajo de rigor inusual y ha sido entregada sin afectación ni engreimiento, porque es fiel reflejo de la persona del gran Roberto. Y sin pretender caer en su hagiografía, ni en la adulación forense de mal gusto, la verdad doy testimonio personal de que siempre que tuve la suerte de compartir con él, se mostraba con gran energía intelectual y física, entusiasta y sonriente. No era esa clase de intelectual vinagroso, que se da tanto entre nosotros los sudamericanos o sudacas, de la quejumbre.

Era como un niño grande en sus ademanes, particularmente cuando se entusiasmaba con el mundo del pensamiento. Su físico imponente parecía el de un personaje de la mitología germana o un gentil-hombre del Renacimiento italiano. Tenía esa gran humanidad que se encendía como una ampolleta “led” cuando explicaba una idea para alumbrarnos. Se prendía incluso si la idea era fría, si se trataba de una concepción cuantitativa, formularia, matemática y de guarismos o si era poco *sexy*.

Este alumbramiento del profesor Torretti se puede apreciar cuando explica con verdadera pasión y deleite su idea del conocimiento discursivo y su carácter normativo, y usa como ejemplo la historia de la idea de temperatura en su discurso de aceptación del doctorado honoris causa en la Universidad de Barcelona. Es paradójal cómo defiende en este discurso la importancia del lenguaje que incluye categorías y conceptos normativos del entendimiento, que denomina “conocimiento discursivo”, para diferenciarlo de la intuición o conocimiento sensorial o empírico directo. Por ejemplo, la temperatura y otras ideas análogas, sin la cual no podemos saber si sentimos calor o frío, ni cómo medirlo, son según el profesor Torretti parte del “conocimiento discursivo” y tienen carácter normativo. El “conocimiento discursivo” y su carácter normativo es quizá una de las ideas más queridas y recurrentes en la obra de Roberto Torretti y tiene una indudable raíz “kantiana”.

Toda su obra es trabajo de rigor inusual y ha sido entregada sin afectación ni engreimiento, porque es fiel reflejo de la persona del gran Roberto.

El final de nuestro homenajeado fue difícil, pero a pesar de sus limitaciones físicas severas, hay evidencias de cómo seguía entusiasta por compartir sus ideas. Aunque su cuerpo ya no pudiese acompañarlo, conversaba sobre el futuro del derecho constitucional y la política chilena y escuchaba en sus impecables *headphones* su música favorita.

Ahora que el profesor Roberto Torretti ha muerto, su cuerpo ya no puede limitarlo y su espíritu vuela libre entre sus obras. Su espíritu también permanece, por efecto de su amor entrañable, en la persona de Carla Cordua, a quien dedicó y agradeció en muchos de sus escritos. También entre sus familiares y amigos y en quienes aprendieron y trabajaron con él, muchos de los cuales están presentes en su homenaje, como Joaquín Trujillo, Carlos Peña, Matías Rivas, Cristóbal Joannon, Miguel Orellana, Jorge Acevedo, Servet Martínez, Óscar Velásquez y Leonidas Montes, entre muchas otras personas muy

diversas y valiosas. Su espíritu se expresa en sus trabajos, que podemos leer y de los cuales podemos aprender tantas cosas. Ahí están sus estudios que con tanto amor y dedicación escribió para nuestra reflexión y para las generaciones futuras.

Gracias a este gran ser humano y filósofo del conocimiento y de la libertad que fue Roberto Torretti. Por la extensión y profundidad de su obra que alcanza a más de 25 libros, por sus innumerables artículos, por sus enseñanzas y por la importancia de sus reconocimientos en Chile y en el extranjero, yo creo que es el más grande filósofo chileno. Gracias a este gran profesor que seguirá siendo Roberto Torretti. Querido Roberto, muchas gracias por todo lo que nos diste. Gracias también a ustedes por escuchar, en este día, estos recuerdos testimoniales que son amistosos, pero por definición, muy imperfectos.

Bibliografía general:

Carrasco, E. 2006. *En el cielo sólo las estrellas: conversaciones con Roberto Torretti*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.

Cristi, R. y Ruiz-Tagle, P. 2006. *La República en Chile. Teoría y práctica del constitucionalismo republicano*. Santiago: LOM Ediciones.

Torretti, R. 1954. *Idealismo y política en la filosofía de Fichte*, Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Santiago: Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.

Torretti, R. 1962. Poder político y opresión. *Revista de Filosofía* 9(1-2), 35-48.

Torretti, R. 1964. Unamuno, pensador cristiano. En Ciudad, M., Morales, J. R., Uriarte, F., y otros, *Unamuno*, Santiago: Departamento de Extensión Universitaria, Universidad de Chile.

Torretti, R. 2013. Nicolás Gómez Dávila, pensador reaccionario. *Estudios Públicos* 131, 159-177.

Torretti, R. 2013b. Sobre la conferencia de Jesús Mosterín “Naturaleza humana, biología y convención”. *Estudios Públicos* 131, 137-141.

Torretti, R. 2019. “Democracia”. *Hitos de la historia de una palabra*. Santiago: Ediciones Diego Portales.



CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Juan Luis Ossa S.C.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.

VER EDICIONES ANTERIORES ↓